

Flavio M. Mena Jara

Un científico visionario

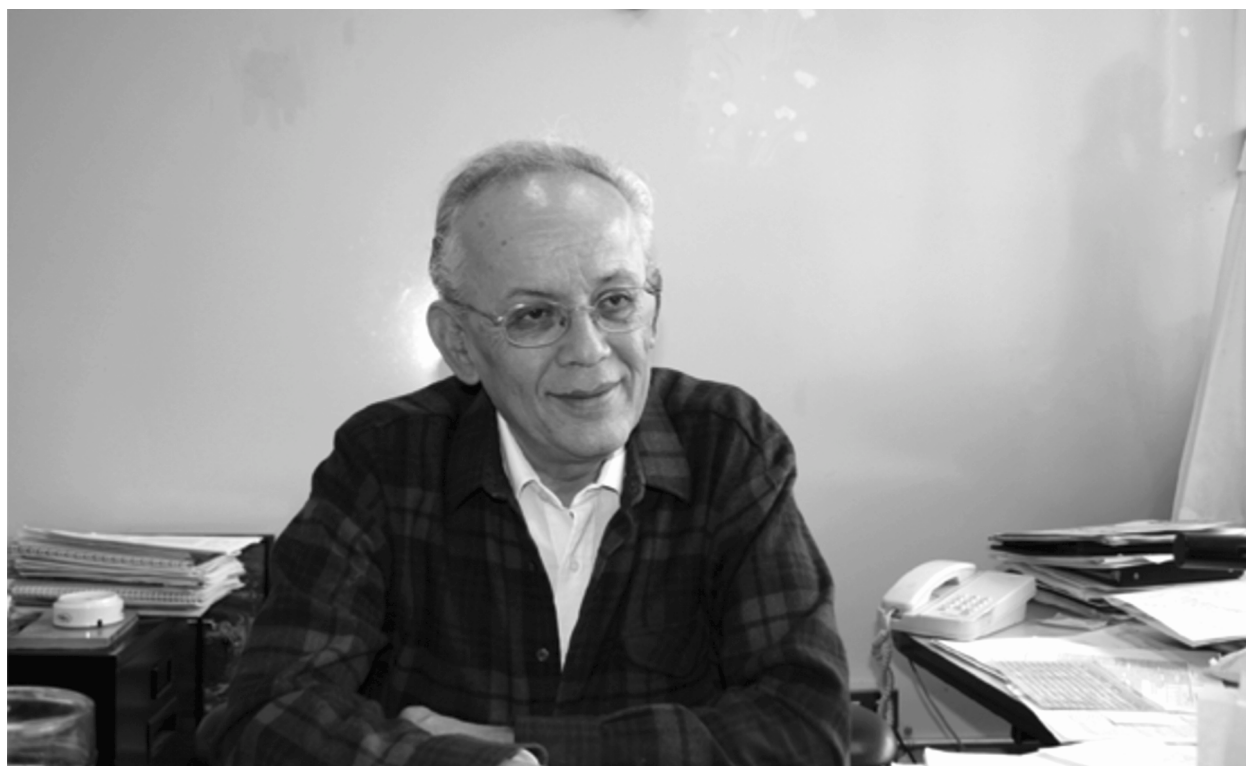
Carlos Arámburo de la Hoz

Al conmemorarse el vigésimo aniversario de la creación del Centro de Neurobiología de nuestra Universidad, el doctor Carlos Arámburo de la Hoz, coordinador de la Investigación Científica, rindió un homenaje al principal impulsor y director fundador del ahora Instituto, el doctor Flavio Manuel Mena Jara, quien falleció el 23 de diciembre de 2012.

La comunidad de investigadores, técnicos, estudiantes y trabajadores del Campus Juriquilla, así como de otras entidades de la UNAM, nos sumamos a los familiares y amigos cercanos de Flavio, para conmemorar en esta sencilla ceremonia su trayectoria académica, sus contribuciones, su obra como científico destacado, maestro esmeroso y forjador de instituciones; para reconocer y agradecer, una vez más, su visión y su esfuerzo, así como su liderazgo, definitorios para el fortalecimiento de la Universidad, particularmente en lo relativo a su desconcentración de las actividades de investigación y formación de recursos humanos. Pero también, para testimoniar la manera en que influyó en muchos de nosotros; la forma en que nos compartió sus sueños; la manera en que nos encarnó de sus valores universitarios, a los que fue fiel desde muy joven y que le acompañaron toda su existencia. Los que tuvimos el privilegio de compartir con él trabajo, anhelos e ilusiones; quienes le acompañamos, con desvelos y largas jornadas, en la búsqueda de utopías; los que tuvimos oportunidad de estar cerca de él y apreciar su sabiduría; los que fuimos beneficiarios de su generosidad intelectual y a quienes nos regaló su amistad; a quienes nos tocó con su bonhomía y

particular sentido del humor y nos compartió su visión del mundo, ampliando así nuestros horizontes; a los que su partida prematura nos dejó un hueco enorme estamos aquí reunidos para manifestar, con un sentimiento sincero y profundo, que hoy y siempre tendremos motivos de sobra para celebrar la vida de Flavio Mena: un gran ser humano y un universitario ejemplar y de valía excepcional, cuyo legado contribuyó a engrandecer a la UNAM y cuyo espíritu nos inspiró para intentar ser mejores y para buscar, con él, enfrentar varios desafíos.

Como es de todos conocido, a lo largo de casi seis décadas Flavio mantuvo una relación íntima e íntegra con la Universidad, institución a la que conoció en sus entrañas y amó profundamente. Recorrió todos los peldaños, desde estudiante preparatoriano y de la Facultad de Medicina; como instructor-alumno, ayudante de profesor y profesor adjunto; como asistente, auxiliar de investigador, investigador adjunto e investigador titular, en el Departamento de Fisiología del entonces Instituto de Estudios Médicos y Biológicos (actual Instituto de Investigaciones Biomédicas) del cual fue jefe, y a partir del cual promovería, más tarde, la creación del Centro e Instituto de Neurobiología, de los



Flavio M. Mena Jara

cuales fue director fundador e Investigador Emérito, respectivamente.

Contribuyó de manera significativa, con algunos otros pioneros como Guillermo Anguiano y Carlos Beyer, a sentar las bases de la neuroendocrinología experimental en nuestro país, y a desarrollar líneas de investigación sobre neurobiología reproductiva, sobre la regulación integrativa de la lactancia y sobre los mecanismos que regulan la secreción de la hormona prolactina. Por la calidad y solidez de sus contribuciones, que se consideran ahora clásicas, obtuvo importantes reconocimientos tanto a nivel internacional como nacional. Prueba de ello son los múltiples premios que recibió, dentro de los que destacan el Premio de la Academia de la Investigación Científica, el Premio UNAM y el Premio Nacional de Ciencias y Artes; y también el Premio Heberto Castillo por parte del Instituto de Ciencia y Tecnología del Distrito Federal; así como el otorgamiento del nivel de Investigador Emérito tanto en la UNAM como en el Sistema Nacional de Investigadores.

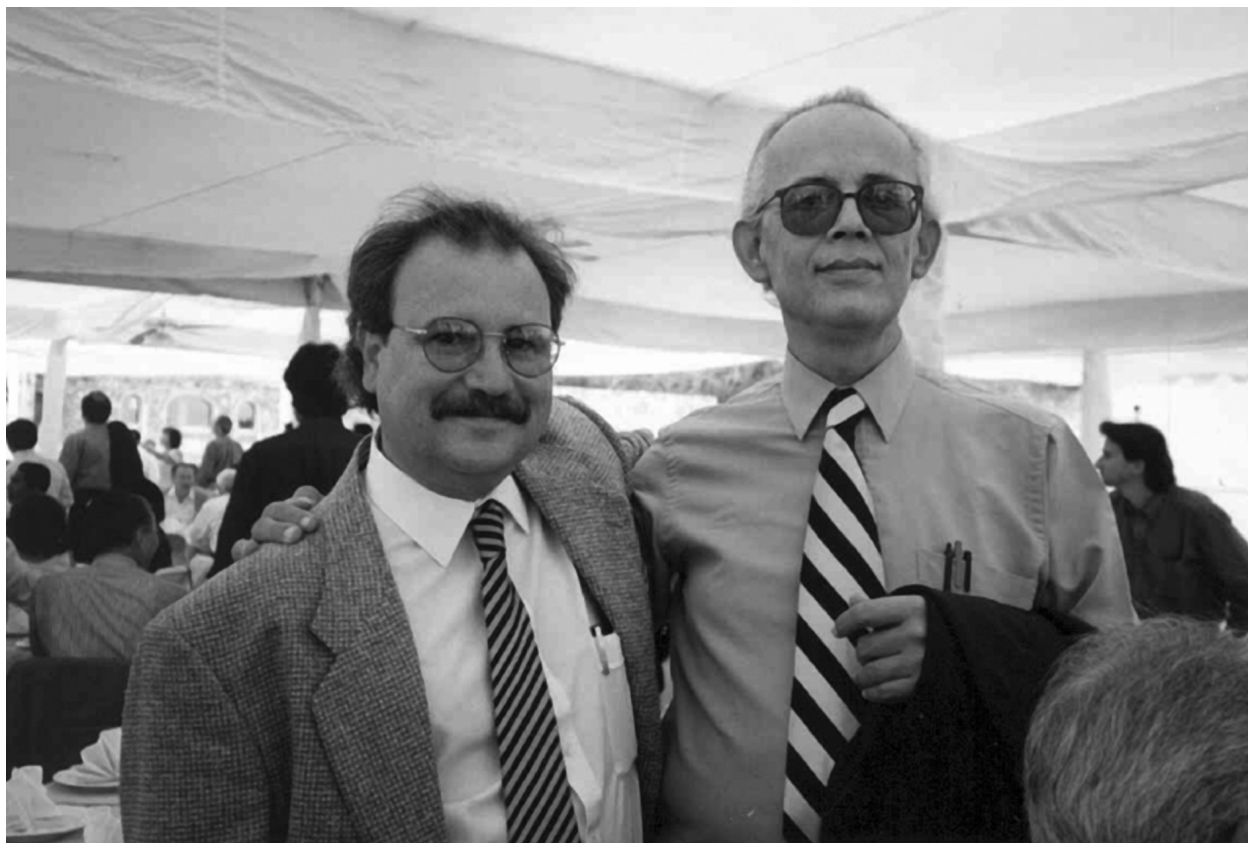
Bajo su tutela se iniciaron en la investigación fisiológica y neuroendocrina varios alumnos, que posteriormente se desarrollaron y han contribuido también al desarrollo de esta multidisciplina, formando ya un linaje que ha hecho contribuciones importantes en el campo. Discípulos que, a su vez, han ampliado y diversificado la línea de investigación que Flavio inició originalmente, y han formado a un número cada vez mayor de investigadores que se encuentran realizando tareas científicas y docentes en diversas instituciones del país y en el extranjero.

En Flavio se conjugaron diversas facetas, como ya mencioné: el científico riguroso y crítico, el maestro fir-

me, el académico comprometido y culto, el investigador inquisitivo, el líder visionario, el negociador hábil, el directivo tenaz, el funcionario leal, el amigo fraterno, el hombre de familia y el padre paciente. Yo haré únicamente una breve alusión a aquella faceta con la que más tuve oportunidad de compartir con él: la creación, el diseño y la consolidación del actual Instituto de Neurobiología y del Campus Juriquilla.

Habría que entender el contexto en el que se dio la propuesta y la situación difícil y adversa en que se encontraba el desarrollo del Departamento de Fisiología del Instituto de Investigaciones Biomédicas en la década de los ochenta del siglo pasado, así como la manera en que se había venido desarrollando la escuela mexicana de investigación dedicada al estudio de la estructura y función del cerebro, la cual había tenido su asiento original en la UNAM, precisamente en el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos a partir del inicio de los cuarenta. Ante la falta de perspectivas de crecimiento y la salida de algunos fisiólogos reconocidos del Instituto, el liderazgo académico que Flavio fue capaz de generar le ayudó a fortalecer a dicho Departamento cuando fungió como jefe, y a partir de él, en una demostración de visión de largo alcance y de creatividad, conjugando sueños y la persecución de lo que originalmente fue para muchos una utopía, promovió, impulsó y condujo el proyecto que al final, y después de muchas vicisitudes y escollos, cristalizó en la creación del Centro de Neurobiología el 24 de septiembre de 1993, hace ya casi veinte años.

El sueño de Flavio se fue gestando a partir del resultado de su segunda participación como integrante



El doctor Mena Jara con Carlos Arámburo de la Hoz

de la terna para la dirección del Instituto de Investigaciones Biomédicas: crear un nuevo centro de investigación que recogiera la herencia de la escuela mexicana de neurociencias; un Centro con un enfoque multi-, inter- y transdisciplinario que abordara el estudio de la estructura y la función del SNC, desde el nivel molecular hasta las propiedades superiores más complejas del cerebro; un centro en donde se cultivara un enfoque integral (fisiológico) en la formación de los futuros neurobiólogos; un centro, en fin, en donde se estableciera una atmósfera académica que permitiera un amplio y libre intercambio de conceptos y experiencias, en donde preponderara “el juego limpio”, por encima del “juego sucio” o el “juego falso” (un anhelo, por cierto, que aún sigue buscando una oportunidad). Al frente de un pequeño grupo de inquietos ilusos como él, muchas noches alrededor de una mesa en La Guadalupana, de Coyoacán, y muchísimas otras en las oficinas universitarias y en las antecámaras de diversos funcionarios, o bien recorriendo incansablemente, una y otra vez, la carretera entre México y Querétaro, se fue concibiendo y fraguando la edificación de ese sueño, que, como lo expresara Julio Muñoz en un artículo periodístico a mediados de los noventa, constituía el Jardín de las Extravagancias de Flavio Mena.

Su convicción en la necesidad e importancia de establecer dentro de la Universidad una instancia dedicada completamente al estudio multidisciplinario de las neurociencias le permitió, con su tenacidad y voluntad características, llevar adelante este proyecto aun en tiempos

particularmente difíciles para la UNAM y el país, en una circunstancia en la que el escepticismo de varios colegas y funcionarios universitarios le conferían pocas posibilidades al desarrollo del proyecto. Sin embargo, la claridad de metas y la solidez académica del grupo que conjuntó el liderazgo de Mena aunados a la decisión de convencer y entusiasmar a las personas y a los diversos cuerpos colegiados responsables de la creación de nuevas entidades finalmente resultaron en la creación del Centro. Pero no sólo eso. En el trayecto se fijaron nuevas y ambiciosas metas que, aunadas al establecimiento de esta nueva dependencia especializada en el estudio de la estructura y función del sistema nervioso desde múltiples enfoques conceptuales y metodológicos, contribuyeran de manera específica a la descentralización de las actividades de investigación científica y formación de recursos humanos de alto nivel y consolidaran el carácter nacional de la UNAM y su liderazgo académico en el país. De esta forma se inició un largo periplo por varios estados de la república buscando las mejores condiciones para el establecimiento del recién concebido Centro, lo que después de innumerables negociaciones con diversas autoridades universitarias y gubernamentales llevó a la creación, en Querétaro, del Campus Juriquilla de la UNAM, y el Centro de Neurobiología fue la primera dependencia ubicada en él.

El desarrollo del Centro de Neurobiología y el del Campus Juriquilla por ende se dieron de manera paralela e indisoluble. Por una parte, bajo la conducción atinada de Mena, quien fue designado director fundador

del Centro, se logró integrar al cabo de dos periodos de gestión un conjunto de grupos de investigación que triplicó al que se tenía cuando inició el proyecto. El modelo de integración del CNB diseñado visionariamente por Mena, que conjugó la participación de investigadores maduros con investigadores jóvenes cuidadosamente seleccionados para enriquecer el enfoque multidisciplinario de las neurociencias, así como su capacidad para generar las condiciones adecuadas para trabajar, permitió que en un lapso breve de sólo ocho años se consiguieran las atribuciones académicas de consolidación y productividad necesarias para conferirle al Centro la posibilidad de transformarse en Instituto. Nuevamente, su conducción acertada en este proceso logró conjuntar las voluntades necesarias para que esto se llevara a cabo y, en abril de 2002, se creó formalmente el Instituto de Neurobiología. Por otra parte, paulatina pero constantemente, se generaron las condiciones favorables para que el Campus Juriquilla se fuera consolidando y otras entidades de la Universidad se fueran ubicando aquí (el Centro de Geociencias, el Centro de Física Aplicada y Tecnología Avanzada, la Unidad Académica del Instituto de Ingeniería, la Unidad Académica del Instituto de Matemáticas, la Unidad Multidisciplinaria de Docencia e Investigación de la Facultad de Ciencias y el Centro Avanzado de Tecnología de la Facultad de Ingeniería, además del Centro Académico Cultural y la Coordinación de Servicios Administrativos del Cam-

pus), las cuales sin duda, junto con el Instituto, han contribuido a conformar un polo de desarrollo académico en la región del Bajío que ha generado un nuevo modelo de interacción con otras instituciones de educación superior, pues aquí se conjugan también los esfuerzos de la Universidad Autónoma de Querétaro y del Cinvestav del IPN, en terrenos que, por cierto, no fueron ajenos a las negociaciones de aquellos primeros años emprendidas por Flavio Mena y sus cómplices en el proyecto. Esto ha tenido una importante repercusión en la superación del nivel académico del estado de Querétaro, colocándolo como una de las entidades de la república con mayor densidad de investigadores científicos. En el establecimiento de estas interacciones y en el desarrollo de este modelo, la participación de Mena fue fundamental, pues impulsó la visión de la necesidad de la colaboración interinstitucional a fin de lograr los apoyos indispensables para consolidar el plan. La concreción del sueño original de Flavio, a la que se sumó el trabajo y entusiasmo de muchos otros que compartieron su convicción y tenacidad, arroja como resultado una importante contribución de la UNAM al fortalecimiento científico, académico y cultural de esta región del Bajío.

En todo este relato, no puedo dejar de mencionar algunos detalles que muestran la personalidad de Flavio, su forma de ver las cosas y el mundo y sus fuentes de inspiración y de convicción. Tenía un bagaje cultural amplio, disfrutaba por igual los clásicos griegos que



La comunidad del Instituto de Neurobiología

las filosofías orientales y relataba con soltura las diversas mitologías, las travesías de Ulises y las enseñanzas de Siddharta. Era un cinéfilo empedernido y se maravillaba con Marlene Dietrich y Marilyn Monroe. Gozaba las óperas de Caruso y también las rolas de Bob Dylan. Fue un lector insaciable y también escribía versos. Saboreaba la buena comida y la buena bebida, y más si éstas se daban en una mesa rodeada de amigos dispuestos a discutir, a dialogar, a idear cómo construir el futuro. Pero no tenía empacho en comer cualquier cosa, o no hacerlo, si las condiciones no lo permitían y el trabajo le demandaba su tiempo y atención. Le placía mucho hornear su famoso pan de papa y se sentía orgulloso cuando cocinaba su filete Wellington y lo ofrecía a sus invitados. Le gustaban el billar, el póker, el dominó y el ajedrez, particularmente cuando eran un pretexto para hacer grupo y seguir las discusiones académicas o políticas. Era atrevido, y tenaz, a veces tozudo, en la imaginación de sus objetivos y la consecución de sus anhelos.

No dejaré jamás de recordar una acción realizada por él que denota, simultáneamente, un gran simbolismo, una aspiración de trascendencia y un dejo de picardía. El 16 de enero de 1995, hace dieciocho años, reunidos en el terreno agreste en donde se colocó la primera piedra del Centro de Neurobiología, justo donde hoy está construido el bioterio, en presencia de las máximas autoridades universitarias, del patronato, del gobierno estatal y municipal de Querétaro, ante representantes de Sedesol, de la ANUIES, de la UAQ y otras instituciones, frente al grupo inicial de quienes conformábamos el flamantemente creado Centro de Neurobiología, el rector Sarukhán y el gobernador Burgos invitaron a Flavio, como director fundador, a poner la consabida cuchara de mezcla para la fijación del mencionado bloque. Flavio se acercó, tomó la cuchara y pidió autorización para poner bajo la primera piedra un guijarro, pulido por el clima, por el tiempo, por la historia y por la mitología. Todo mundo se sorprendió por la petición y preguntó de qué se trataba. Y él, con una sonrisa entre tímida y orgullosa, que denotaba también audacia, respondió con sencillez que se trataba de una piedrecilla que había tomado, a hurtadillas, de la tumba de Agamenón, en Micenas, Grecia, semanas antes durante un viaje que había realizado para asistir a un congreso, y que representaba, para él, su anhelo de que los cimientos del Centro de Neurobiología estuvieran soportados, de alguna manera, por los orígenes mismos de la cultura, y sus frutos y contribuciones pudieran trascender generaciones y milenios, como aquéllos de los míticos héroes griegos descritos por Homero en la *Iliada*.

También, en aquella ocasión, escribió de su puño y letra en el reverso del pergamino que se insertó en la primera piedra, aquella famosa frase atribuida a Isaac Newton en el siglo XVII y antes a Bernardo de Chartres

en el siglo XII: “Si he visto más lejos es porque estoy sentado sobre los hombros de gigantes”, reconociendo así que el nuevo Centro era el resultado de grandes precursores de la fisiología y las neurociencias y aspirando, nuevamente, a que las contribuciones y aportaciones de esa nueva entidad universitaria fueran una plataforma para ampliar los horizontes del conocimiento en estas disciplinas. Ésa era parte de la visión, y de los anhelos, de Flavio.

Hoy hacemos este homenaje al doctor Mena porque es indispensable, tanto en lo personal como en lo institucional. Es necesario honrar y conmemorar a quienes han contribuido a forjar los cimientos y son pilares de la fortaleza de la UNAM. La grandeza de la institución no reside en sus edificios o extensión, ni en el equipamiento o la infraestructura, sino fundamentalmente en su plantilla académica. En universitarios ejemplares, por su compromiso institucional, su lealtad a los principios, la generosidad con la Casa de Estudios, su entusiasmo y responsabilidad, reside la autoridad moral de la institución. Es difícil imaginar al México actual sin su Universidad Nacional, y a ésta sin sus mejores exponentes, que han contribuido a darle verdad y confiabilidad. Es difícil imaginar al México del futuro sin el legado de estos universitarios y la contribución de las nuevas generaciones, que tienen la responsabilidad de recoger, transmitir y engrandecer la herencia de quienes nos precedieron.

Sin duda Flavio Mena constituye uno de estos pilares. Por ello la comunidad universitaria propuso que se le diera su nombre a este importante recinto del Campus Juriquilla, sede de actividades académicas y culturales. Porque es necesario para quienes con él convivimos hacerle un reconocimiento trascendente por sus aportaciones y por su labor; porque es preciso inscribir en las nuevas generaciones, aquellas que no vivieron de cerca toda esa aventura pionera, y disfrutan ahora de lo ya consolidado, un punto de referencia y una relación de pertenencia. Por las generaciones del futuro, para que tengan la oportunidad de descubrir de donde vienen los orígenes y adonde apunta un destino. Flavio nos lo indicó, pero hoy ya no está aquí para decírselos. Por eso nos hace falta. Desde ya lo extrañamos y en el futuro, estoy seguro, lo extrañaremos más.

Consuela el saber que a través de su ejemplo y de su visión, así como de sus enseñanzas, podremos seguir construyendo su sueño, transitando el viaje, buscando llegar a Ítaca, y que al hacerlo lo tendremos siempre presente, vivo en nuestra memoria, vigente en nuestra mente y guardado en el corazón.

A un ser humano como él no se le guarda silencio, se le admira con un gran aplauso para celebrar su vida y su obra, para agradecerle lo que nos dio, para manifestarle nuestro afecto, para desearle una buena travesía, en busca de nuevas utopías. ¡Salud, Flavio! ¡Un grande, fuerte y cariñoso abrazo! **U**